



DIÓCESIS DE RIOHACHA
MONS. FRANCISCO ANTONIO CEBALLOS ESCOBAR C.Ss.R.
HOMILÍA EN HOMENAJE A LOS HÉROES DE LA BATA BLANCA
RIOHACHA, DICIEMBRE 3 DE 2020

Saludo a todos los miembros del Colegio Médico de La Guajira, quienes celebran el día Panamericano del médico. Saludo con especial afecto al Doctor Juan Carlos Freyle Ballestas, quien ha tenido a bien invitarme a presidir la Eucaristía por el eterno descanso del:

Dr. Sergio Andrés Martínez Rincón
Dr. Plaxedes Crispín Bolaños Brito
Dr. Francisco José Deluque Plata
Dra. Daniela Caroli González González
Dr. Jorge Mario Robles Rivadeneira
Dr. Francisco Javier Pinedo Daza (cumpliría hoy años de vida)
Dr. Carlos Ignacio Viana Guerrero
Dr. Reinaldo Lucas Valencia González

Le hago llegar un cordial saludo a los familiares, esposas, hijos, padres y hermanos de todos los médicos de La Guajira que han fallecido a causa de la Covid-19, y que han llorado su muerte. En nombre de la Diócesis de Riohacha y de cada uno de los sacerdotes, religiosos y laicos, les expreso mis más sinceras condolencias.

Las lecturas que acabamos de proclamar, tanto la del profeta Isaías, como el salmo 117 y el Evangelio de san Mateo, leídas en el contexto de la pandemia que estamos padeciendo y el motivo de nuestra celebración, nos invitan a recobrar la esperanza y a poner nuestra confianza en Dios.

Según el profeta Isaías, al pueblo de Israel, quien tuvo que pasar y soportar persecuciones, guerras, deportación, le sobrevendrán días de gloria en la medida en que mantengan su confianza en el Señor, pues, será Yahveh quien haga desaparecer de entre los hombres las lágrimas, el luto y la tristeza. Porque quitará de sus ojos el velo terreno que les impide ver las realidades divinas. Así nacerá un nuevo orden de cosas, una nueva escala de valores regirá las relaciones humanas y divinas, que ya no volverán a romperse. Según Isaías existirá la ciudad fuerte, bien amurallada, pero no con torreones de piedra: “un día se cantará este canto en la tierra de Judá: tenemos una ciudad fuerte: para salvarla se ha puesto el Señor como muralla y defensa”. Será el mismo Yahveh, su providencia protectora, su presencia experimentable, quien haga de muro y antemuro, de torreón y atalaya a la vez para su pueblo escogido, los justos. Para Judá no hay otra salvación, protección, garantía, que Yahveh.

Pragmático en las imágenes y escatológico en las perspectivas, el profeta confirma a sus oyentes en uno de los dogmas básicos del pueblo hebreo, idea motriz de sus intervenciones

“Aquí estoy, Señor...”

proféticas a todos los niveles. Por eso la invitación es para que “Abran las puertas para que entre el pueblo justo, que se mantuvo fiel. Confíen siempre en el Señor, porque él es la roca eterna”.

El salmo 117, igualmente, invita a poner la confianza y refugiarse en el Señor: mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres; mejor es refugiarse en el Señor que confiar en sus magnates”. Es así que edificar la vida sobre la roca y no sobre arena movediza, es verdadera garantía para poder llegar al final, a pesar de los vientos y tempestades, de las enfermedades y dolencias, de todo aquello que durante el trasegar de la vida se encuentra en el camino, hasta entrar en el Reino gracias a la fidelidad en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Estimados hermanos, al celebrar hoy el día Panamericano del médico, agradecemos la vida ofrendada por los médicos que algún día eligieron servir a la humanidad desde el campo de la medicina, y que ya hoy no están con nosotros a causa de la Covid-19. La pandemia nos ha arrebatado tantas cosas demasiado supuestas, pero se ha cobrado un precio costoso al tener que despedir a nuestros seres más amados, desde la distancia solitaria que nos imponía esta circunstancia. Cosas tan sencillas como una tierna caricia o un agradecido beso, la inocente mirada con la que contemplábamos una vida que ante nosotros se apagaba. Un dolor añadido que la Covid-19 nos ha impuesto con despecho: ver que nuestros seres más queridos por los lazos de familia, de profesión y de amistad, morían en una tremenda soledad, después de haber luchado sin descanso por salvar la vida de quienes llegaban a los centros médicos u hospitales buscando ayuda para derrotar al enemigo imperceptible y silencioso que a su paso dejaba desolación y tristeza. Ellos, ese ejército de héroes anónimos, llamados por la Revista Semana “Los Gladiadores contra el coronavirus”, perdieron la batalla, pero no la guerra. Da tristeza que hayan partido así, pero más tristeza se siente al saber que fueron enviados a librar una “guerra sanitaria” con un enemigo “invisible y escurridizo”, trabajando con las uñas, es decir, sin los recursos mínimos como tapabocas, trajes especiales o guantes.

Permítanme recordar hoy a Marcello Natali. Este respetado médico de Codogno (el epicentro de la epidemia en Italia) falleció a los 57 años en un hospital de Milán, totalmente solo. Días antes había denunciado que luchaba contra el coronavirus sin guantes porque se habían acabado. Uno de sus compañeros Irlen Mussi, le escribió una carta póstuma: Ciao Marcello. Has muerto solo, como todos. El maldito virus ha derribado otro roble. (...) Me siento profundamente triste, destrozado, pero también furioso. Hemos sido enviados a una guerra sin ninguna protección. Al menos los soldados de infantería llevan cascos.

Estimados hermanos, los cristianos no creemos en la vida larga como creen los que no tienen fe, mientras sus años irremediablemente caducan dando paso al vacío que termina en el olvido. Los cristianos no creemos en la vida longeva, sino en la vida eterna. Amamos la vida y la deseamos larga y serena, pero nos sabemos llamados a una eternidad que no acaba, junto a Dios y a cuantos aquí en la tierra él nos puso cerca. Esta es la Buena Noticia que Jesús nos vino a traer venciendo su muerte y la nuestra.

A quienes han muerto a causa de la Covid-19, en el ejercicio de su deber, los recordamos con la gratitud y en nuestro corazón quedan sus gestos y palabras. Los encomendamos en

“Aquí estoy, Señor...”

nuestras plegarias pidiendo para ellos lo que el cielo les aguarda. Y ponemos en su memoria las flores que no se marchitan cuando las riegan nuestro afecto y la esperanza cristiana.

Llega ahora el trabajo de seguir construyendo cada día nuestra historia inacabada, poniendo lo mejor de nosotros mismos, siendo responsables en lo personal y en lo comunitario, para favorecer que se pueda superar cuanto antes esta difícil prueba que se empeña en rebrotar.

Gratitud a los profesionales sanitarios que siguen arriesgando su vida en el servicio a los enfermos en los hospitales para ayudarles a superar la enfermedad. “En esta pandemia, ustedes médicos se han convertido en los héroes del mundo. Hoy son la primera línea de batalla. Son el polo a tierra de una sociedad que tardó mucho en tomar conciencia”. Gracias por su bien hacer, por su profesionalidad y entrega.

Queridos médicos y familiares de quienes fallecieron, al finalizar esta reflexión en contexto de coronavirus, les comparto cuatro lecciones, que nos ha dejado la pandemia: - Los seres humanos somos limitados físicamente por nuestra naturaleza, y moralmente por el deterioro social que producen nuestros propios actos. Un insignificante virus ha sido capaz de parar el mundo con mayor poder que nuestras ilimitadas aspiraciones. Pero es importante saber que todo el poder reside no en nuestras propias fuerzas, sino en aquél que nos ha amado. Sabemos que nuestra vida está siempre en las manos de Dios. En la vida y en la muerte somos de Dios, nos asegura san Pablo. Y de este modo, si vivimos, vivimos para Dios, y si morimos, morimos para Dios; en la vida y en la muerte somos de Dios. Que para esto Cristo murió y resucitó. - En segundo lugar, esta prueba nos ha ayudado a crecer como personas y como comunidad de hermanos. Hemos aprendido que no estamos solos, que somos una familia, vivimos en familia y nos necesitamos mutuamente. La ausencia de nuestro difuntos nos llevan a pensar cuán fugaz es nuestra existencia y cómo no es posible vivirla si no es compartiéndola con los demás, particularmente en tiempo de escasez. - En tercer lugar: nosotros caminamos en este mundo como peregrinos: con humildad, con fe en el Dios misericordioso y con amor a los hermanos, formando una familia de fe, amor y con esperanza firme en la vida eterna. - Y finalmente el Señor nos ha dejado una tarea en este mundo. Nuestros difuntos a quienes hoy lloramos, con su vida y su muerte han puesto su granito de arena y ahora han sido llamados a la vida gloriosa con Cristo. Nosotros tenemos la hermosa tarea de hacer presente el Reino de Dios en esta tierra, a través del servicio a nuestros hermanos.

Que Santa María, la Virgen de los Remedios, patrona de esta Diócesis, acompañe a quienes murieron sirviendo a sus hermanos, y los lleve al encuentro con Cristo, y a nosotros nos de la capacidad de seguir sirviendo a los más frágiles de este mundo, hasta el día en que nos encontrarnos en el gozo eterno de la bienaventuranza. Amén.

“Aquí estoy, Señor...”